

## Ficha psicológica: La sunamita

*Lectura psicológica · contexto histórico · pregunta abierta*

### Hook narrativo

Una mujer que no pedía nada recibió lo único que no se atrevía a pedir: un hijo. Y entonces lo perdió — y se negó a aceptarlo.

### La historia

Israel, ~850 a.C., el reino del norte bajo la dinastía de Omrí. El profeta Eliseo pasa una y otra vez por Shunem, y una mujer rica del lugar lo reconoce: «Varón santo de Dios es este que pasa de continuo por nosotros» (2 R 4:9). Insiste en hospedarlo, y con su marido construye para él en la azotea «una pequeña cámara... con cama, mesa, silla y candelero» (2 R 4:10). Eliseo quiere agradecerle y le ofrece hablar por ella ante el rey o el ejército. Su respuesta es una de las frases más tranquilas de la Biblia: «Yo habito en medio de mi pueblo» (2 R 4:13) —no necesito nada.

Entonces el profeta le anuncia lo que ella no pidió: «El año que viene... abrazarás un hijo» (2 R 4:16). Y la mujer, que ya había cerrado la puerta a ese deseo, suplica: «No, señor mío, varón de Dios, no hagas burla de tu sierva» (2 R 4:16). El hijo nace. Crece. Y un día, en plena siega, el niño le dice a su padre: «¡Mi cabeza, mi cabeza!» — y muere en el regazo de su madre antes del mediodía (2 R 4:19-20).

La sunamita no grita. No llora delante de nadie. Sube el cuerpo al cuarto del profeta, cierra la puerta, y sale a buscar a Eliseo —a pie, en plena cosecha, cuando todo el mundo trabaja. Cuando el profeta la ve de lejos y manda a preguntarle «¿Estás bien tú? ¿Tu marido? ¿Tu hijo?», ella responde: «Bien» (2 R 4:26). Solo cuando llega ante el varón de Dios se suelta: «¿No dije yo: no me engañes?» (2 R 4:28). Y pronuncia la frase de la que no va a retroceder: «Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré» (2 R 4:30). Eliseo vuelve a Shunem, ora sobre el niño, y el niño revive (2 R 4:32-35). La sunamita entra, se postra a sus pies, toma a su hijo y sale (2 R 4:36-37). No hay escena de éxtasis: hay una madre que recupera lo que se negó a dar por perdido.

### Contexto histórico

Shunem era una aldea fértil en la llanura de Jezreel, la gran planicie agrícola del norte de Israel, sobre la ruta que unía el valle del Jordán con la costa fenicia. ~850 a.C., el reino del norte vivía la opulencia corrupta de la casa de Omrí: palacios de marfil, culto a Baal patrocinado por la reina Jezabel, y profetas como Elías y Eliseo enfrentados abiertamente a la corona. Hospedar a un profeta no era un gesto neutral: era tomar partido público contra el culto oficial.

La hospitalidad del antiguo Cercano Oriente era un deber sagrado —recibir al viajero, lavarle los pies, darle pan—, pero la sunamita va más allá: construye una cámara permanente, amueblada, en la azotea, el espacio de la casa israelita reservado al fresco y la privacidad. La casa típica tenía un solo piso y una escalera exterior; el cuarto «de paredes» (2 R 4:10) era una ampliación costosa. El texto la muestra en su ciclo agrícola: siega, cosecha, venta de tierras (2 R 4:13, 4:18, 8:1-6) —es una mujer que sabe de siembras y cosechas, de ciclos que nacen y mueren. Su frase «habito en medio de mi pueblo» no es retórica: en una sociedad sin Estado de bienestar, habitar en medio del pueblo era la única red de seguridad que existía —y ella la elige conscientemente.

### El conflicto psicológico

La sunamita es la mujer que aprendió a no desear: «habito en medio de mi pueblo» es la definición de la suficiencia. Ha aceptado una vida sin hijos, ha cerrado esa puerta, ha construido su identidad

alrededor de lo que tiene y no de lo que le falta. Cuando el hijo llega, su felicidad queda atada a algo que no controla —y la vida se lo cobra. La muerte del niño la enfrenta a la paradoja más cruel: la fe que le dio el hijo parece ahora la que se lo quitó. ¿Dónde está el Dios que cumplió la promesa cuando la promesa se rompe?

Su «Bien» no es frialdad: es la contención de quien sabe que si se derrumba delante de los criados, nadie más levantará al niño. Su viaje a pie, en plena cosecha, es el acto de una mujer que se niega a aceptar la sentencia como definitiva —mientras Eliseo pregunta y el criado corre, ella camina, porque sabe que la prisa no trae milagros. Y su insistencia —«no te dejaré»— es la fe convertida en terquedad: no es la fe que espera sentada, es la fe que agarra al profeta de la ropa y no lo suelta hasta que el niño respira. La resurrección restaura al hijo; pero también restaura a la madre: la que no pedía nada recupera lo único que se atrevió a tener.

La pregunta de cierre

¿Qué le has dejado de pedir a Dios para no volver a sufrir —y qué harías si ese deseo se cumpliera y luego se rompiera en tus manos? ¿Cuánto de tu fe sobrevive a la pérdida de lo que esa misma fe te dio?

Voz

Narrador: es-MX-JorgeNeural (Edge TTS)